

muerte de su incansable rival y perdurable enemigo Francisco I. de Francia, á quien acabó de destruir una vergonzosa enfermedad, fruto de su licenciosa y desarreglada vida (30 de marzo, 1547), á los cincuenta y tres años de edad y cerca de treinta y tres de reinado ⁽¹⁾.

(1) Entre tan diversos juicios, mas ó menos apasionados ó imparciales, como de este monarca se han hecho, nosotros nos limitaremos ahora á copiar algunos de los rasgos con que le dibujan los escritores de su mismo reino. «Francisco I. (dice uno de ellos), no fué un grande hombre, pero alcanzó el título de gran rey. Este padre de las letras, que quiso romper todas las prensas de su reino, atrajo las mugeres á la corte. Esta corte literata, galante y militar, mezclaba con los amores las bellas hazañas, y entonces tuvo principio el reinado de esas favoritas que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía.»—«La edad, dice otro, apagó la sangre, las adversidades el espíritu, los azares el valor, y la monarquía desesperada no espera mas que deleites. Tal era el rey Francisco, herido por las damas en el alma y en el cuerpo: la pequeña banda de madama de Etampes gobierna. Alejandro ve las mugeres cuando no tiene negocios, Francisco ve los negocios cuando no tiene mugeres.»—«Así terminó, dice otro, su carrera con una muerte innoble, el príncipe, que nacido con brillantes cualidades, y aun con algunas virtudes, arruinó la Francia, causó la destrucción de muchas de sus provincias, enconó con suplicios las querellas religiosas, protegió algunos hombres de letras, pero ahogó to-

da libertad de discusion, proscribió aunque momentáneamente la imprenta, introdujo en la corte, y por un fatal ejemplo en el reino, el libertinage y la deshonor de las mugeres.»—«Este príncipe, dice otro, fué indiscreto hasta la imprudencia, ligero, imprevisor, que hizo las mugeres de su corte objetos de escándalo, y cuyo fausto le costaba tanto como la guerra.»—«Mr. Røederer, dice otro, que ha compuesto sobre Francisco I. una memoria, acaso severa, pero muy concienzuda, ha notado con razon que el historiador (Anquetil), hablando del monarca, ha cometido el renuncio de olvidar la crápula que manchó la vida privada de su héroe, su falta de fé, sus hábitos despóticos, su espíritu perseguidor, su crueldad en la tiranía. ¿Por qué ha olvidado el desprecio de las leyes del Estado, probada con la degradacion de los cuerpos políticos y judiciales, con la imposicion arbitraria de impuestos sobre la propiedad, con la usurpacion del tesoro público, la opresion de las conciencias.... etc.?» Así juzgan generalmente los escritores franceses al rey caballero.

Hemos tomado indistintamente y al acaso estos trozos, de Tabannes, Pierre Mathieu, Anquetil. Røederer, Chateaubriand, Saint-Prosper, Du Bois, y otros de los que tenemos mas á la mano.—Con mas indulgencia que sus compatriotas, le juzga nuestro

Luego que el emperador tuvo noticia del fallecimiento del rey de Francia, y tan pronto como se vió libre de los cuidados é inquietudes que le estaba causando, emprendió sus operaciones contra el elector de Sajonia, se reunió al rey Fernando y al duque Mauricio que le esperaban sobre el Eger (15 de abril, 1547), y juntos se pusieron en marcha hácia el Elba ⁽¹⁾, donde se hallaban á los pocos dias (22 de abril). Sorprendido mas de lo que debiera el elector, se apresuró á cortar el puente cerca de Meissen, y á llevar su ejército por la derecha del rio hasta las inmediaciones de Wittemberg, su capital, haciendo alto no lejos de la pequeña ciudad de Muhlberg. El rio tenia por aquella parte trescientos pasos de ancho ⁽²⁾, y el emperador andaba buscando un sitio por donde le pudiera atravesar. Presentóle en esto el duque de Alba un paisano á quien los sajones habian robado dos caballos, y deseoso de vengar esta accion ofrecia á los enemigos enseñarles un vado por donde podrian franquearle. Mauricio le prometió en recompensa otros dos caballos y cien coronas de oro. Con

Sandoval cuando dice: «Era el rey Francisco agraciado en muchas cosas, y así representaba bien la dignidad real. Y como de su natural fuese alegre, cortés, humano y tratable, ganaba muchas voluntades, y principalmente por ser muy liberal en dar... Era amigo de holgarse, dado á mugeres tan público, que sonaba mal... Gobernó bien, si no fué al principio,

aunque cargó de muchos pechos sus reinos... Castigaba con rigor los hereges: ninguna culpa ni falta se le pudiera poner en esto, si no llamara los turcos en daño y escándalo de la cristiandad.» Libro XXVIII, párrafo último.

(1) El rio Albis, que dice nuestro Sandoval.

(2) No treinta, como dice por equivocacion Robertson.

esto al día siguiente, á favor de una espesa niebla, algunas compañías de arcabuceros españoles se metieron arrojadamente en el Elba por la parte que el labriego les señalára, y como á pesar de ser un vado les llegára el agua hasta el pecho, muchos de ellos se despojaron de cuanto llevaban encima, y echándose á nadar con los sables apretados entre los dientes ganaron unas barcas que los sajones habian empezado á incendiar y las llevaron al emperador. Cargáronse las barcas de arcabuceros que hicieron fuego al enemigo, mientras los ginetes llevando cada uno un peon á la grupa vadeaban el rio. El guia llevaba de la brida el caballo del emperador; Carlos empuñaba una javalina y vestia un magnífico traje. La tropa iba entusiasmada, viendo al emperador participar de los peligros del último soldado. Seguíanle el rey Fernando, el duque Mauricio y el duque de Alba. Tan pronto como el emperador ganó la orilla opuesta se arrojó con los que habian pasado sobre los sajones sin esperar el resto de la infantería, marchando al combate con la confianza del triunfo.

Era domingo, y el elector se hallaba en el oficio divino en Muhlberg. Cuando le avisaron de que los imperiales pasaban el rio, y poco después de que el mismo emperador estaba tan cerca, no acertaba á creerlo, ni tuvo tiempo ya sino para seguir su ejército que se retiraba á Wittemberg. Alcanzaronle los imperiales en las landas de Lochau, y aunque no

habia llegado aun la artillería ni una parte de la gente de á pie, el duque de Alba aconsejó el ataque y el emperador le ordenó. Aquel día no se conoció que Carlos V. padeciera en su salud. Montado en un soberbio alazan, llevando en la cabeza un casco dorado, al pecho una brillante coraza, y blandiendo una lanza con la diestra, recorría las filas y alentaba á sus guerreros, mas como un fogoso general que como el jefe y gobernador de un grande imperio. La victoria de aquel día fué una de las mas completas que alcanzó Carlos. Al decir de los mismos historiadores alemanes, la infantería sajona, bien que pelease con valor, se dejó envolver y acuchillar por la caballería imperial, al grito para ella terrible de ¡Hispania! Hispania! Cubrióse de cadáveres sajones una larga estension de terreno desde Kossdorf hasta Alkembourg. El mismo elector, que habiendo dejado el carruage en que acostumbraba á ir (porque apenas podia cabalgar), montó un caballo frison por ver de acelerar su fuga, fué alcanzado por la caballería ligera, y herido de un sablazo en la mejilla izquierda por un soldado húngaro. Aunque bañado el rostro en sangre, no queria rendirse; pero al fin se entregó á un caballero aleman de la hueste del duque Mauricio, el cual le presentó al duque de Alba, y éste al emperador, que le recibió con aire severo y adusto.— *Generoso y clementísimo emperador*, le saludó el prisionero.— *¿Con que ahora soy*, le interrumpió Cár-

los, vuestro emperador clementísimo? Mucho tiempo hacia que no me nombrabais así.—Soy el prisionero de vuestra Magestad imperial, continuó el elector, y espero se me respetará y tratará como príncipe.—Se os tratará como mereceis, le contestó bruscamente Carlos, y le volvió la espalda. El rey de Romanos le dijo palabras todavía mas ultrajantes, y el desgraciado prisionero siguió sin replicar la escolta que le condujo al campo del duque de Alba ⁽¹⁾.

Al dar parte de esta batalla escribía el emperador imitando el célebre, *Veni, vidi, vici*, de César: «*Vine, et Deus ha vencido.*» Después de dos días de descanso marchó sobre Wittemberg, capital de la Sajonia y una de las ciudades mas fuertes de Alemania. Defendíala con buena guarnición la esposa del elector, Sibilá de Cléves, muger distinguida por su valor y su talento, que pudo recordar á Carlos V. en Wittemberg á doña María Pacheco, muger de Juan de Padilla, en Toledo. Pero el príncipe sajón no habia muerto como el capitán castellanó, y esto inspiró al emperador la idea de emplear un expediente indigno de su grandeza para intimidar y ablandar á la esposa de su ilustre prisionero. Careciendo de elementos para tomar la ciudad, por mas que ligeramente le hubiera prometido el duque Mauricio pro-

(1) Descript pugnae Muhlberg, ap. Scard.—Hortens. De Bello germán.—Heuter. Rer. Austriac., libro XII.—Sleidan, Historia de la

porcionárselos, y viendo que Sibila contaba con heróica altivez á sus intimaciones de rendición, envió un heraldo á decir á la ilustre princesa y á sus hijos (el mayor de los cuales habia sido herido en la batalla), que si no entregaban la ciudad, haria juzgar al elector, y les enviaria la cabeza del esposo y del padre. Y para hacerles ver que no era una simple amenaza, mandó formarle proceso, no con arreglo á las leyes del cuerpo germánico, sino encomendándole á un consejo de generales italianos y españoles, presidido por el duque de Alba. El terrible tribunal después de breves trámites consideró al elector convicto de traición y rebeldía, y le condenó á ser decapitado.

Jugando al ajedrez se hallaba el sentenciado, con su compañero de prision Ernesto de Brunswi, cuando se le comunicó la sentencia. Oyóla sin turbarse, y creciendo con la desgracia su grandeza de ánimo: «¡Quiera Dios, dijo, que esta sentencia aflija á mi esposa y á mis hijos tan poco como á mí me intimida, y que no renuncien á los títulos y posesiones á que los destinó su nacimiento porque yo viva unos dias mas.» Y prosiguió jugando tranquilamente su partida. Otra impresion hizo en su esposa la noticia del rudo fallo del tribunal. La idea de la sangrienta ejecucion la horrorizaba, y cayendo de ánimo aquella muger varonil, el ansia de salvar á su esposo la hizo ceder, hasta enviar mensajes al emperador pa-

ra que fijara el precio de la vida del desventurado príncipe. Intercedían al mismo tiempo en su favor el duque de Clèves, el elector de Brandeburg, y muy principalmente el duque Mauricio, por el interés que tenía en no acarrearle la odiosidad de toda la Sajonia, cuyo país se reconquistaba para él. El mismo sentenciado, tan animoso é impasible hasta entonces, no pudo resistir á las súplicas y á las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Y como el emperador hubiera hecho acaso pronunciar la sentencia, mas con el fin de intimidar que con ánimo de ejecutarla, hizole por último merced de la vida bajo las duras condiciones siguientes.

La dignidad electoral de Sajonia quedaria en manos del emperador para disponer de ella á su voluntad:—se le entregadas al mismo tiempo las ciudades de Wittemberg y Gotha:—el margrave Alberto de Brandeburg seria puesto en libertad sin rescate:—el elector renunciaria para siempre á toda alianza contra el emperador y rey de Romanos:—reconocería y obedecería los decretos de la cámara imperial:—permanecería prisionero del emperador todo el tiempo que este quisiere retenerle. En cambio el emperador le dejaba la vida, y le señalaba para su manutencion la ciudad y territorio de Gotha, con una pension de 50,000 florines, obligándose tambien á pagar sus deudas. Quiso ademas imponerle la condicion de someterse á los decretos del papa y del con-

cilio de Trento, pero en esto le halló tan inflexible, que no hubiera vacilado en renunciar á la vida antes que á sus creencias, lo cual obligó al emperador á ceder sobre este punto, y los españoles mismos admiraron y respetaron su entereza (1).

Entregóse, pues, la capital de Sajonia á las tropas del emperador, y ondearon en cuatro puntos de la ciudad las banderas imperiales (19 de mayo, 1547). Tanto como hasta entonces habia sido Carlos V. duro y severo, mostróse luego indulgente y hasta galante. Los sajones se maravillaron de las atenciones que guardaba al príncipe elector, á quien servian en el pabellon del duque de Alba los grandes de Castilla. Su esposa se presentó al César vencedor en traje de luto, y Carlos, no solo la trató con amabilidad, sino que imitando la conducta de Alejandro con su madre y la esposa de Darío, pasó al dia siguiente á visitar en su palacio á la duquesa, y permitió al elector que pasára unos dias con su familia. Mostró al propio tiempo Carlos V. una estraña tolerancia religiosa. En la capilla del castillo vió el sepulcro de Lutero. Cuéntase que el duque de Alba y algunos otros le aconsejaban que hiciera desenterrar y reducir á cenizas su cadáver, y que él respondió: «Dejadle reposar; ya ha encontrado su juez; yo hago la guerra á los vivos y no á los muertos.» Con esto, y con poner al duque

(1) Dumont, Corps Diplomat. lib. XXIX., pár. 23.—Robertson, IV.—Sleid. ubi sup.—Sandoval, libro IX.

Mauricio en posesion del electorado y gobierno de Sajonia; partió de Wittemberg para Halle á atacar al landgrave de Hesse, el segundo gefe de la liga protestante, y único que le faltaba subyugar.

Por fuerte que quisiera mostrarse el landgrave, érale imposible resistir al inmenso poder del victorioso emperador. Mas la circunstancia de ser yerno suyo el duque Mauricio, hizo que éste, en union con el margrave de Brandeburg, se interpusieran y mediaran entre él y el César. «Bien, dijo un dia Carlos á los activos mediadores, si el landgrave se entrega á discrecion y suscribe á todas las condiciones que yo le proponga, no le tomaré su territorio y le dejaré la vida y la libertad.» Las condiciones eran: ponerse llanamente en sus manos, y venir á su presencia á pedirle humildemente perdon; prestarle juramento de fidelidad; reconocer la cámara del imperio; demoler todas las fortalezas de su estado; poner en libertad á Enrique de Brunswick; pagarle 150,000 florines de oro para indemnizacion de gastos de guerra, y otras por este órden, y semejantes á las que habia impuesto á Juan Federico de Sajonia. De tal modo confiaban los mediadores en la palabra del emperador, que se comprometieron con el landgrave, en caso que no la cumpliese, á entregarse ellos mismos prisioneros á sus hijos (1).

(1) Estas condiciones las habian de firmar tambien el marqués de Brandeburg, el duque Mauricio, el conde Palatino del Rhin, y el Gran Maestre de Prusia.

En esta confianza presentóse el landgrave al emperador en Halle de Sajonia (19 de junio). Recibióle Carlos sentado en un trono, circundado de toda la grandeza alemana, italiana y española. El príncipe, puesto de rodillas delante del trono, mandó leer á su canciller, tambien en la misma postura, un discurso pidiendo humildemente perdon al César, y ofreciendo consagrarse enteramente á su servicio (1). Contestóle el emperador con otro, que leyó uno de sus secretarios, otorgándole el perdon, y ofreciendo no castigarle con muerte, como merecia, ni con prision perpétua ni confiscacion de bienes; y se despidió de él sin tocarle la mano, ni hacerle otra demostracion de cortesía (2). Aquella tarde comió el príncipe con el duque Mauricio y el de Brandeburg en casa del duque de Alba, y cuando se iba á retirar, intimó el de Alba que quedaba prisionero, con gran sorpresa del landgrave y no menor de sus dos mediadores. En vano se quejaron estos, primeramente al de Alba, y despues al emperador, esponiéndoles el compromiso en que, fiados de la palabra imperial, se habian empeñado, al propio tiempo que se esforzaban por jus-

(1) El discurso empezaba: «Serénisimo, muy alto y muy poderoso, victorioso é invencible príncipe, emperador y gracioso señor. Habiendo Felipe, landgrave de Hesse, ofendido en esta guerra gravísimamente á V. M. etc.» — Se halla en Sandoval, lib. XXIX., párrafo 49.

(2) Cuentan las historias alemanas, que como el emperador creyese advertir que el príncipe se sonrió una vez, como maravillado de la humillante posicion á que se veia reducido, dijo en flamenco alzando el dedo: «Vol, ick soll di lachen lebren: bien, yo te enseñaré á reir.»

tificar para con el landgrave su inculpabilidad. El emperador les respondió que ignoraba las obligaciones particulares que con el preso hubieran contraído, pero que él no le había ofrecido una absoluta libertad, sino solamente no tenerle en prision perpétua (1). Nada alcanzó á ablandar al emperador; ni las nuevas reflexiones, instancias y esfuerzos de los dos mediadores, ni las desesperadas quejas del landgrave, ni el resignado silencio que las reemplazó por consejo de sus amigos, ni la ejecucion por su parte de todo lo pactado para ver de merecer la libertad; todo fué inútil, y Carlos V. recorrió varias ciudades de Alemania llevando siempre consigo los dos príncipes prisioneros, el de Sajonia y el de Hesse, ofreciéndolos en espectáculo á todo el cuerpo germánico, y como haciendo gala y lujo de deprimir y afrentar á los vencidos, siquiera hubiese de exasperar con tal conducta á los pueblos que la presenciaban.

Iba Carlos V. despojando de todos los medios de defensa las provincias sometidas, al modo de los emperadores romanos cuando aspiraban á enseñorear el mundo. Entre imposiciones y multas, ya como tributo, ya como castigo, les estrajo mas de un millon y seiscientas mil coronas. Dejó desnudas de artillería las plazas rendidas; y de los cañones que recogió, en

(1) En efecto, en el documento consta así, pero algunos historiadores alemanes sostienen, que los ministros del emperador alteraron el texto del tratado al tiempo de copiarle.

número de quinientos, hizo trasportar una parte á Flandes, otra á Milan, otra á Nápoles y otra á España, para que en todos sus estados viesen estos terribles y auténticos testimonios de sus triunfos. El papa, en una carta gratulatoria, aunque dictada sin duda mas por la política que por el afecto, le lisongeaba añadiendo á los títulos que ya tenia los de «*Máximo, Fortísimo, Augusto, Germánico, Invictísimo y verdaderamente Católico.*»

Allanada así la Alemania protestante, pasó Carlos V. á Bohemia á dar favor á su hermano Fernando en las cosas de aquel reino, minado y conmovido tambien por la heregía luterana, y en que despues de una lucha entre el pueblo y el rey, pugnando aquel por sostener la libertad política y adquirir la libertad de conciencia, y éste por sofocar la heregía y cercenarle sus antiguos privilegios, quedó al fin victorioso el monarca, mudando á su gusto la forma de gobierno, ensanchando las prerogativas reales, y castigando con muertes, confiscaciones y destierros á los principales proclamadores de la libertad política y religiosa.

Vencida la rebelion armada de las provincias germánicas protestantes, faltábale al emperador hacerles reconocer la autoridad del concilio de Trento, y á este fin convocó la dieta imperial en Augsburgo, donde él se trasladó (setiembre, 1547), haciendo acuartelar dentro de la ciudad las tropas españolas y acantonando las demas en las aldeas comarcanas.